

# EL TRAJE TRADICIONAL EN LA COMARCA DE ARENAS DE SAN PEDRO: GENERALIDADES

DANIEL FRANCISCO PECES AYUSO

A mi maestra y tía, rama florida que me enseñó la importancia de las raíces.

Situada en la vertiente sur de la Sierra de Gredos, comparte su historia y geografía con las comarcas de La Vera extremeña y La Jara toledana, sin perder su raíz castellana pese a estar cercana culturalmente a estas últimas por motivos de mera colindancia. Es la comarca de Arenas de San Pedro uno de los lugares de mayor importancia folklórica, no sólo de la Península Ibérica, sino de Europa, como llegó a afirmar entre otros García Matos, investigador folclorista que pudo contemplar a mediados de siglo la riqueza y variedad de los pueblos del Valle del Tiétar y Barranco de las Cinco Villas en sus muchos recorridos de investigación.

La forma de vestir es uno de los puntos importantes para conocer aspectos de la vida cotidiana de nuestros antepasados. Sus miedos, ilusiones y creencias se reflejan en los trajes como obras de arte, fijadas en un marco de espacio sin tiempo.

Teniendo en cuenta el medio y el clima, los diferentes trajes denotan las carencias y abundancias de los lugares y comarcas naturales, pero más allá de buscar protección contra el frío y el calor o de las asperezas y suavidad de la tierra, el ser humano ha buscado en su indumentaria formas de distinguirse socialmente, en algunos casos siguiendo ciertos cánones de estética para embellecerse, en otros casos formas de protección espiritual que revelan las creencias desde aquellos que hoy llamamos primitivos y a los que debemos nuestro controvertido origen. A lo largo del tiempo el traje se vio sometido también a leyes y diferentes ordenanzas, clasificándolo según el trabajo, sexo,

lugar de procedencia o estado social. Hasta bien entrado el año 1700, no se ve libre de normas, teniendo antes por ley, cada tipo de personas, uno determinado que le identificase rápidamente. A partir de la Guerra de la Independencia contra Francia los trajes llamados tradicionales empiezan a configurarse tal como nos han llegado hasta nuestros días. La austeridad, el colorido y la fuerza marcan la pauta característica, junto con cierto aire ceremonial tanto en cuanto a trajes como a danza y música se refiere.

Aunque la configuración de los diferentes trajes no tiene una antigüedad superior al siglo XVIII, hay, sin embar-

go, elementos arcaicos que revelan la trayectoria histórico-cultural de los diferentes pueblos y momentos que fueron entroncando desde el pasado prehistórico hasta nuestros días.

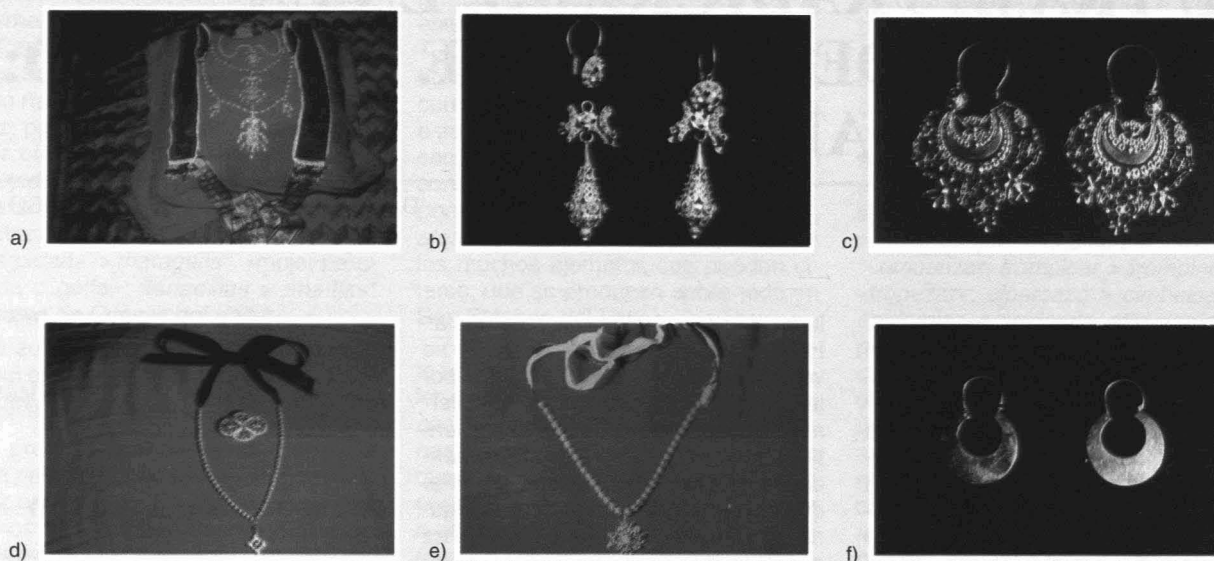
## LOS ADORNOS Y EL PEINADO FEMENINOS

Son quizá las piezas de orfebrería buena muestra de lo anteriormente referido; las *arracadas* o pendientes llamados *de herradura* y sus innumerables variantes mantienen evidentes analogías con los tesorillos de la Edad del Hierro, allá por el siglo VIII antes de Cristo, concretamente con los tesoros de La Aliseda y de El Carambolo. También mantienen claras analogías con otros pendientes de la misma época hallados en las necrópolis celtas del noroeste español. Las formas *de herradura*, *de sol* o *media luna* son signos muy utilizados por las culturas del año 1000 antes de Cristo en gran parte de la Península.

Los pendientes llamados *de lazo* o *calabaza*, que están llenos de simbología, en sus formas muestran claros signos orientales manteniendo parecido con los hallados en excavaciones arqueológicas tartesas. Los componen tres piezas, la primera y cierre del pendiente llamada *pilón* tiene forma de sol con doce rayos en forma de bola y en el centro seis esmaltes interpuestos, tres blancos y tres negros. Del *pilón* cuelga un lazo y de él dos, cuatro o seis campanitas, dependiendo del tamaño; y también le cuelga la llamada *calabaza*, hueca, de forma cónica, de rica filigrana. Me contaban en el pueblo de Arenas que el *pilón* representaba a los antepasados y a la familia, el lazo simboliza la unión, las campanas la fiesta, siendo la calabaza el símbolo de la prosperidad y fertilidad.



Doña Teresa Peces Gutiérrez.  
Traje arenense de serrana en día de la fiesta grande.



Joyas: a) Aderezos; gargantillas y gargantillinas, todas con temblera. La mayor lleva, además, dos galápagos laterales. b) Pendientes de lazo, calabaza o pilón. c) Pendientes de herradura, variante llamada de azahar. d) Gargantilla con venera esmaltada y broche. e) Gargantilla con venera labrada. f) Africanas.

Quizá por ello se preferían para el momento de la boda.

Aún son muchas las mujeres del Valle que siguen utilizando las *arracadas* o pendientes tradicionales, destacando el tipo llamado *africana*, variante simple del de herradura. En muchas ocasiones con el peso y el tamaño de los pendientes se rajaban las orejas, teniendo algunas mujeres que sujetárselos al pañuelo o trenza de sus tocados.

El resultado de la investigación arqueológica en nuestra comarca muestra un alto grado de población en la Edad del Hierro; sirva como referencia y exponente claro el caso de la ciudad-castro de El Raso en la soleada villa de Candeleda, sin duda el más importante de nuestra comarca, donde hemos obtenido pruebas gracias al hallazgo de diferentes objetos de los intercambios que aquellos vettones mantuvieron con tartesios del sur y celtas del noroeste peninsular. El uso de finas cuentas de arcilla policroma usadas como collares, se encuentra en las necrópolis vettonas en su forma original, siendo aún el ajuar tradicional de esta tierra, aunque la piedra y el barro fueron sustituidos varios siglos después por cuentas de oro y plata de rica y variada filigrana llamada *de soles*, formando la tradicional *gargantilla*, muy ajustada a la garganta de la mujer, de la que suelen colgar una cruz de evidente estilo semita, con sobresmaltes blancos y negros que recibe el nombre de *venera*. A modo de

cierre dos cintas de fina seda bordada, enlazadas en la base del cuello dejando caer sobre la espalda un lazo llamado *siguemepollo*, que solían ser el regalo y muestra de amor de los mozos a las mozas en los días de ferias y fiestas.

Posteriormente, desde la Edad Media, se perfecciona la técnica de la orfebrería y aparecen las joyas tal y como nos han llegado a nuestros días; la materia prima es el oro, la plata y el azabache, siempre en rica y variada filigrana de muy diferentes estilos, desde el *cordobés* al *trujillano*, pasando por el *charro* y varias técnicas de trabajo autóctonas.

Además de la gargantilla y la venera, el llamado *aderezo*, un collar generalmente igual a la *gargantilla*, variando el tamaño de las cuentas y el largo, siendo en éstos mayores. Del collar o *gargantillona* cuelgan el *galápago* o la *temblera*. El primero simula el caparazón, en forma esquematizada, del animal que le da nombre, símbolo de resistencia y sabiduría, y de mayor antigüedad que la *temblera*. Ésta es una especie de cruz de dos piezas, la superior con forma de lazo y la inferior es la cruz; de ambas partes penden cinco, siete u once pequeños colgantes con forma de pequeños *galápagos*. En el centro de la cruz se intercalan seis puntos de esmalte, tres blancos y tres negros de clara herencia árabe.

Completan el ajuar femenino grandes crucifijos de filigrana, medallas votivas, amuletos varios, broches, casi siempre

de oro y plata, la botonadura del jubón, también de plata, pulseras, anillos. Y, por supuesto, las horquillas para sujetar el peinado, en su mayoría de plata y de muy variada filigrana. Las hay de dos tipos, unas redondas con dos pequeñas bolitas que cuelgan del centro, llamadas *lágrimas*, y otras que carecen de dichos ornamentos. Las horquillas que los tienen se colocan a ambos lados, mientras que las otras se suelen usar a modo de peineta.

Los *aderezos* de las mujeres no varían generalmente de unos lugares a otros excepto por el poder económico personal. En este punto me gustaría explicar antes de continuar que no existen dos piezas iguales, pues todas las piezas del ajuar eran hechas de forma artesanal por las plateras, verdaderas maestras de la orfebrería y de cuyas manos salieron las joyas tan hermosas que lucieron y lucen las serranas. Este gremio desaparece totalmente de nuestras villas y pueblos a principios de este siglo. Las joyas han venido pasando de generación en generación a modo de pequeños tesoros familiares de incalculable valor sentimental.

Así pues, podemos decir que el origen de nuestra orfebrería es prehistórico, llegando en un estado casi puro a nuestras manos, sin dejar de mencionar la aportación árabe en cuanto a nuevas técnicas más elaboradas que las indígenas.

Mención aparte merecen los diferentes peinados que, en general, van en

función de la edad, no exentos de algunas excepciones puntuales localizadas en lugares muy concretos. Sirva de ejemplo Navalcán (hoy perteneciente a la provincia de Toledo, pero término cuyo alfoz gestionó el concejo abulense, muy vinculado a nuestra tierra). Las más pequeñas solían llevar el pelo muy corto, para las niñas a partir de seis años, largas trenzas que parten de la sien y se recogen en la nuca con una coleta o un *moño de lazo*, del que los días de fiesta solían colgar cintas de llamativos colores. Para las mocitas de trece años en adelante dos rizados recogidos en sendas *cocas* detrás de las orejas, que adornaban con horquillas de plata los días de gala. Para las mozas mayores, *rizos* o *trencillas* sobre las orejas, recogidos en la coronilla, de la que cuelga una *cola de caballo* que se dobla formando un círculo y que a su vez cuelga recto desde lo alto de la cabeza; a este recogido se le *escarola*, es decir, se ahueca en forma de flor y se prende la *porreta*. A todo este peinado se le conoce con el nombre de *rizos con moño de picaporte*, y se suele adornar además con ricas horquillas, cuyo número varía. Para las señoras ya casadas, el *moño de picaporte* o *de trenza*, siempre cubierto por alguna toca, bien anudado en la nuca, bien anudado en la frente o prendido al moño sin anudar, formaba parte de la indumentaria más utilizada. Las mayores y viudas sujetaban el pelo con peinetas de asta de toro y lo cubrían igualmente con algún pañuelo, en este caso siempre oscuro.

Para las fiestas las mozas colgaban del *moño de picaporte escarolado* las *porretas*. Se trata de cintas prendidas del moño, de las que, en general, hay dos tipos. Uno son cintas de seda bordada, de las que varía el número según el gusto personal; se utilizan en todos los pueblos del Valle. El otro se ciñe a Arenas de San Pedro, Guisando, El Hornillo, El Arenal, Ramacastañas y las Cinco Villas; suele ser de terciopelo negro, con excepciones, que se adorna por lo general con abalorios, cuentas de madera o metal y lentejuelas. El número de picos del lazo, por lo general, es de cuatro, pero en algunos casos llegan a ser de cinco. Hay algunos lugares donde el moño es adornado con flores naturales.

Como último comentario, hay que decir que el peinado fue un quehacer social del mundo femenino muy importante y valorado, arte del que pocas podían presumir saber o dominar, siendo además punto de reunión ritual que adquiría su mayor sentido cuando se peinaba a una novia.

## ELEMENTOS DEL TRAJE FEMENINO

La pieza más ancestral del traje y complemento obligado para las más grandes ceremonias es la *mantellina*, cuyo pasado se remonta a nuestra prehistoria como así lo muestran entre otros el ejemplo de un dibujo ibérico del siglo II antes de Cristo en Liria (Valencia) donde en una pieza de cerámica se representa a una mujer colocándose la *mantellina*. Después, cronistas griegos y romanos definieron esta pieza como de uso típicamente ibérico, entendiendo como tal toda la Península, y llamándolo *mantellum*. Otro complemento para el frío, de igual antigüedad que la *mantellina*, son las capas de paño fino con capucha, negras y pardas, en su mayoría de poco vuelo y más cortas en su parte delantera, mientras llegan al ras del tacadón por detrás. Suelen adornarse con galones o bordados en la parte delantera.

Cubriendo el cuerpo por encima de un camisón interior, para el uso diario usaban finas blusas de los más variados colores y texturas, muy entalladas de cintura, con la pechera fruncida o bordada y en su mayoría abrochada atrás o a un lateral; la variedad de las telas y colores va relacionada sobre todo con el gusto personal. Las mangas de estas blusas tienen amplios *golondrinos* que caen del hombro y se ajustan al antebrazo, resultando todas las mangas algo cortas. Para el buen tiempo, las blusas de lino o lienzo crudo o teñido. Las de vestir días especiales, siempre ricamente bordadas con signos geométricos o florales de clara influencia oriental; las mangas de estas blusas suelen ser cortas y afaroladas, en algunos casos los bordados son sustituidos por la técnica del deshilado. Hay que destacar la influencia navalqueña y lagarterana en cuanto al estilo del bordado que por esta Sierra y Valle se elabora.

Otra pieza es la blusa, el *jugón* negro para los días más importantes, casi siempre en terciopelo labrado o ricas telas brocadas; en algunos casos, por problemas económicos, solían hacer las mangas con tela de buena calidad y el cuerpo con otra más simple. Los puños o *puñetas* se labran con pedrería, azabaches, galones o cintas, en otros casos van bordados y en otros se utilizan varias telas distintas, dando policromía al conjunto. Los botones del cuerpo de *jugón* solían ser de asta, hueso, azabache o madera forrada, excepto los de los puños, de rica plata labrada y cuyo número varía, siendo generalmente un mínimo de tres por

puño. Rematan los puños una fina puntilla de bolillo en hilo negro o blanco. El cuello abierto con gran escote de caja cuadrado, sin adornos y sobre el que se prende la *pañoleta*, pequeña pieza a modo de sobrecuello, sobrecargada de cintas, perifolios y puntillas variadas; se usaba sólo para los días grandes, y de color generalmente blanco. Esta pieza es independiente, pudiéndose así lavar, cosa que no se puede hacer con los *jugones*, al menos de una forma más o menos regular.

Para el trabajo del campo solían gastar amplias *chambras* de recia tela y escueto patrón, pieza elemental y funcional, además de práctica para aquellas tareas. Los *dengues*, llevados en la vecina provincia de Salamanca, fueron tímidamente usados, viéndose siempre desplazados por el uso generalizado de pañuelos, toquillas o mantones.

Hablando de *toquillas*, para el frío del invierno, solían usar una de recia lana en color negro con flecos bastos de lana rizada y cardada, que podían utilizar también como manta. Las *de pava*, *de espaldas*, *de palacio* o *de medallones*, de lana y en llamativos colores, solían ser también prendas de abrigo usadas como ropa de más categoría. En algunos lugares las *toquillas de pava* eran utilizadas para los casorios. El estilo de colocarlas siempre es enrolladas y escotadas, cruzadas a pico, atadas a la espalda, sujetas al *jugón* o blusa por varios alfileres y el nudo en los riñones con el que se atan los *ramales* de la toquilla y donde se prende la *silla*, característica sobre todo, de los pueblos de la sierra, dejando caer los *ramales* de la toquilla sobre el *guardapié*, simulando las *cintas del mandil*.

Para el buen tiempo las toquillas *de pelo de cabra*, hechas con una aguja especial de hueso, cuya labor artesanal ha desaparecido, dejando algunas muestras en las arcas de desvanes olvidados; son de un solo color y tienen el aspecto de una red o tela de araña, siempre en tonos crudos.

También los pañuelos de seda y crespón fueron utilizados para el buen tiempo. Siempre en fuertes y vivos colores, bordados o con llamativos diseños, fueron muy valorados sobre todo en Candeleda, Arenas de San Pedro y Mombeltrán. Hay que recordar la importancia que tuvo esta comarca para la industria de la seda, ya que fue una de las mayores productoras de la materia prima, dedicándose a la cría de gusanos y venta de capullos. Es raro hoy en día poder ver estos espléndidos pañuelos, viéndose relevados por los más apreciados, que no antiguos, *pañuelos de ramo*.



Suelen ser éstos de fondos negros y bordado un solo pico con espléndidos ramos de bellas flores en vivos colores y que, curiosamente, la mayoría llevan cerca del pico un pájaro bordado o una mariposita, símbolo el primero de alegría y la segunda de feminidad. Los flecos, por lo general, son cortos; el más curioso es el llamado *de escoba* por la forma a mechas o escobillas que tienen. A mediados de este siglo hubo una invasión de mantones de manila y, lo que es peor, flecos desmesurados que desdibujan la belleza de un traje más austero. Mención aparte merece el pañuelo de ramo bordado de Pedro Bernardo, excepción cuyos motivos, lejos de ser los comunes, son figuras abstractas y simétricas de bastante personalidad y belleza.

Otro tipo es el pañuelo *de merino* o *de cien colores* o *de mil colores*, muy utilizado para las semifiestas pues es muy cómodo y práctico; dentro de este estilo de pañuelos tenemos el de *tres cenefas* y el de *flores naturales*. En tonos pardos, pintados todos ellos, con tres tiras unos o cenefas de flores rojas y en vivos colores.

Respecto a pañuelos y toquillas, otro asunto es prendérselo bien, pues cada tipo lleva una determinada técnica, que por aquí recibe el nombre de *el prender*. Así, por ejemplo, los pañuelos de *ramo negro* se prenden, por lo general, enrollados por el cuello y con tres pliegues llamados *arrugas* de los hombros al pecho, mientras que los de *cien colores* se *entablan* (se tablean) toda la parte delantera, dejando parte de la espalda a la vista. Lo cierto es que prenderse el pañuelo es una labor que requiere cierta práctica y sabiduría de alguna mujer mayor verdadera especialista en la materia, siendo en cada villa pocas las que destacaban y siendo siempre las mismas a las que se llama cada vez que alguien quiere vestir con cualquiera de los trajes tradicionales del Valle, pues el prender el pañuelo de la forma correcta es muy importante y, para nosotros, cualquier detalle que falte o sobre desmerecería el traje por completo, sólo por un alfiler mal prendido, una mala arruga o un mal prendido de la *silla*.

En todos los trajes se utiliza el pañuelo cruzado *a pico*, variando en la forma de prenderlo de unos respecto a otros, pudiendo diferenciar por los matices el lugar de procedencia del traje en cuestión. En Arenas, Candeleda, Poyales del Hoyo, El Hornillo, El Arenal y Ramacastañas las variaciones son mínimas. Otro grupo lo conforman Pedro Bernardo,

Gavilanes, Mijares, Casavieja, Piedralaves y La Adrada, cuyos usos y costumbres son, igualmente, de gran parecido. A destacar Guisando y los pueblos de las Cinco Villas, con diferencias más claras a la hora de ponerse el pañuelo.

Inseparable del traje, la ropa interior femenina era igual en todo el Valle. Un largo camisón o *viso* de hilo sobre el que se ajustaban siete *enaguas*, generalmente blancas, una para cada día de la semana. La costumbre era lavar la noche del sábado la *enagua* primera, que estaba en contacto directo con el cuerpo, para ponérsela limpia la mañana del domingo, y así durante todo el año. El uso de siete *enaguas* fue menguando a tres, siendo hoy en día tan solo una. Los *pololos* no son tradicionales ni las bragas adoptadas por los grupos folklóricos más saltarines y pudorosos, excepto en las épocas de menstruación en las que algunas usaban unos calzones especiales, o en las bodas de gran rumbo en que usaban unas bragas sin costura en los bajos. Sobre el camisón o *viso* solían gastar el *justillo*, de lienzo recio, para dar más ajustes al prendido del pañuelo, sobre todo si la tela de la blusa o *jugón* es suave o fina.

Sobre las *enaguas*, el *refajo* de paño, teñido generalmente en verde, azul, amarillo, rojo, pardo o negro, cuyo único adorno son una serie de *lorzas* en su parte baja que van de tres, a siete o doce. Sobre el *refajo*, el *miliñaque* de tela estampada o lisa, pero siempre lleno de colorido, que puede ir adornado con tres cintas o *tiranas*, con dos puntillas de hilo de oro o plata o liso sin adornos, pero en todos los casos muy plisados, con finas y rectas tablas que dan una forma acampanada al talle femenino.

Los días más importantes los trajes desbordaban color, belleza y esmero. Sobre las *enaguas* y *refajo* simple el *guardapiés*, faldón también de paño teñido pero de más amplio repertorio colorista, sobre el que se cosen la o las *tiranas picás*, piezas de paño de color diferente al de la falda en el que se han recortado diferentes motivos y cosido a ésta. Es el *guardapiés* una pieza llena de miste-

rio e información. Y así es porque dependiendo del color de la falda y el *picao* se sabrá a simple vista entre otras cosas su estado social. Los colores claros y llamativos se reservan para la mocedad, mientras que los combinados más elegantes, como por ejemplo amarillo *picao* negro o rojo *picao* en negro suelen ser signos de madurez o estabilidad, dejando los colores pardos y negros para la viudedad. Si a esto añadimos el significado que tiene el dibujo del *picao* obtendremos aún más información de quién y cómo es su portadora. Por ejemplo, las flores simbolizan la belleza en general, pero no es lo mismo una rosa que un clavel; cuando estas flores están juntas en un ramo indican matrimonio. Si lo que aparecen son pájaros, en general representan alegría, pero no es igual el águila a la paloma, pues cada una adquiere una connotación diferente. Pongamos un último ejemplo: el dibujo llamado *las fuentes* simboliza la riqueza, pero si la fuente está rodeada de fruta, por lo general granadas o piñas, representan la posesión de tierras para la agricultura, cuando por el contrario, beben animales indican relación con la ganadería. Aunque en realidad nadie se fija en estos detalles, aún hay algunos mayores que recuerdan el



Trajes de novios. Novia de Cuevas del Valle y Novio de Arenas de San Pedro.

sentido de algunos signos, figuras o formas que se repiten, además de en los picaos, en los trabajos en madera o en los dibujos pirograbados en las cuernas de toro que servían de vaso a nuestros pastores.

El número de refajos y guardapiés varía según el tiempo frío o caluroso. Curiosa es la costumbre, cuando el frío era intenso, de recogerse las mujeres el guardapié echándoselo sobre la espalda y cabeza en forma de cobijo, mostrando apenas la cara y dando un aire arabesco a su porte. En algunos casos aislados las faldas de paño reciben otro nombre, como es el caso de El Arenal, en el que llaman *mantilla* a la falda de paño de vivos colores a la que cosen dos cintas de seda horizontales sobre las que recogen tres *lorzas*. Pedro Bernardo vuelve a distinguirse por el gusto por el terciopelo o pana lisa en varios tonos, sobre los que destacan el grana y el negro profusamente bordados con flores y pájaros de finos colores en seda o en lana. Suelen tener estas faldas menos vuelo que en el resto del Valle, por lo general con un mínimo de tres metros. También en Candeleda y en Arenas de San Pedro se bordaban algunos refajos y guardapiés, pero difieren bastante de los bordados de Pedro Bernardo; en aquellos pueblos el estilo y la técnica con los que se borda son distintos, de lo más variado en cuanto a técnica y materia prima, ampliando los motivos florales con otros zoomórficos y mitológicos.

Completan la variedad de faldas los *refajos* pintados, en colores amarillos, rojos y verdes, sobre los que se pintaba a mano motivos florales con jarrones y cestas, pájaros y frutas, realizados siempre en color negro, pardo o verde oliva. Se llegaron a crear planchas en metal con las que ahorrar tiempo, pero haciendo que los modelos se repitieran, caso que en los bordados y *picaos* no sucede jamás. Otro tipo de refajo es el *quemao*, en principio de técnica igual a la del pintao, sólo que las planchas de metal se calientan pirograbando el modelo directamente sobre el paño de la falda. Estos refajos se utilizaron poco en los pueblos de la sierra, pero más en los más próximos al valle, como La Adrada o Sotillo de la Adrada, debido quizá a su cercanía a La Mancha, donde sí son bastante comunes y utilizados. Aunque en estos pueblos están incorporados dentro de los trajes tradicionales, realmente los *refajos picaos* y algunos bordados son los más representativos de nuestra comarca.

Bajo la primera falda o *falda cimera* y sobre la segunda va la *faltriquera* o

*faldiquera*, que es sin duda el último y más moderno complemento incorporado al traje. La *faltriquera* es un pequeño bolsillo que se ata a la cintura con dos cintas y de la que hay una gran variedad de motivos y modelos: para el diario telas toscas a base de retales, carente de adornos, excepto en pocos casos en los que llevan bordadas las iniciales. Hay otras más seranas adornadas con cintas y cordones, *perifollos* y escarapelas de ricos y vivos colores y que suelen llevar a la vista o bajo el *mandil*. En el Valle solían ser en general de terciopelo negro bordadas con flores de colores junto con las iniciales. También las había en vivos colores bordadas a *cordoncillo*. Otras son hechas de lienzo policromo y, como único adorno, una tira *picá* bordeando la *faltriquera*. Para las pastoras, de cuero labrado en varios tonos. Solían utilizar sobre todo tres pieles: la de gato por ser muy clara, la de becerro, de colores castaños, y la de cabra, más oscura. En la mayoría de los casos los dibujos son signos de tipo hastático y simétricos, con las iniciales recortadas. Ahora se suelen hacer bordadas o picadas, pero se ha perdido la costumbre de coser el extremo de las cintas con las que se ata un madroño de ganchillo del que penden otros tres cayendo por el costado izquierdo de la falda.

Sobre las diferentes faldas, medio ocultando la *faltriquera*, los *delantales* y los *mandiles*, de los que hay una gran variedad y cuya nota común es, como siempre, el colorido y la minuciosa labor. Los *delantales* son más cortos y barrocos en cuanto a los adornos, dejando ver, por lo general, los dibujos bordados, *picaos*, estampados o pirograbados de las faldas. Se usan en todo el Valle cuando se visten con el traje llamado *de serrana*, que describiremos luego. Se adornan con una puntilla ancha de bolillos a su alrededor, y por el borde se cosen cintas de seda bordada, se bordan ramos de flores o se deshilan. Es en Arenas de San Pedro y en Pedro Bernardo donde más utilizan el delantal corto y, en algunos casos, incluso mínimo que recuerda a los usados a principios de siglo por la amas de cría y criadas. El *mandil* es pieza de más rancio abolengo y antigüedad; llega a tocar el *roero* de la falda, cubriendo por completo la parte delantera de la mujer. Para las ceremonias y fiestas más importantes suelen ser de terciopelo negro adornado con pasamanería y azabache y bordeado por la inseparable puntilla de bolillos. Para los días especiales, *mandiles* de satén o seda brillante de vivos colores, sin apenas adornos,

salvo la puntilla. Otros se deshilan sobre la misma tela, labrando un bordado excepcional con sus propios hilos. Otros se bordan en su parte baja con motivos florales. Los hay adornados con cintas varias que se cosen por los bordes del *mandil* casi por completo, de forma similar a los que hacen y gastan en la comarca de Lagartera. Para el uso diario el *mandilón*, negro y aún más grande, carente de adornos excepto dos bolsillos que igualmente llevan los mandiles. A esta carencia de adornos la suplen los dibujos de la propia tela; curiosamente los *mandilones* de principio de este siglo en su mayoría eran de blancos lunares.

Cubrían las piernas con medias de lana, generalmente blancas, en algunos casos azules o encarnadas y negras para las mayores; en general llevan un adorno llamado *espiga*, aunque hay gran variedad. A los pies, zapatos de cordobán, con tacón *de carrete*, en terciopelo negro, bordados con finos ramos y hechos a mano y a medida. Los cordones, de lana policroma, llevan en sus extremos sendas borlas de lana. Estos zapatos acompañan, en los días de boato, a todos los trajes del Valle indistintamente; su uso es general, variando el color de los zapatos que, aunque la mayoría son negros por ser los utilizados en las bodas, podían ir en función del color del traje. Para las bodas algunas usaban botines de becerro labrados o zapatos negros del mismo tipo del de cordobán, pero hechos en cuero de becerro. Y para el campo, abarcas de cuero con la puntera cerrada y repujadas con adornos, en su mayoría florales. Hoy en día quedan pocos zapateros que sigan ejerciendo su labor tradicional y artesanal.

## TIPOS DE TRAJES FEMENINOS

Y una vez expuestos los elementos que componen los diferentes trajes y aclarado que en cada pueblo hay diferentes costumbres, seguiremos intentando describir algunos de los trajes más comunes del Valle del Tiétar.

Es curioso cómo en todos los pueblos encontramos los mismos elementos pero hay formas distintas de colocarlos, que definen y diferencian a unos respecto a otros. Y también es curioso comprobar que, cuanto más cercanos están dos pueblos, mayores intentan ser las diferencias.

En Candeleda y Arenas las cosas varían considerablemente respecto a otros pueblos. Los dos son centros que recibieron desde su origen a vecinos de las poblaciones colindantes que vinieron a estas villas más gran-



Traje de artesana en día de la procesión en Arenas de San Pedro.

des en busca de mejor fortuna, y con ellos trajeron sus trajes, que con el paso del tiempo llegaron a integrarse y formar parte de la propia cultura de esas villas. Fueron punto de reunión de gentes no sólo del propio Valle, sino también de pueblos de tras la sierra, de las aldeas nortoledanas y de las villas hermanas de la Vera de Plasencia. Los arenenses y candeledanos, algo más ricos y poderosos que en el resto de las poblaciones, guardan los trajes de más porte y valor. En menor medida Mombeltrán y La Adrada.

Quizá sea el traje de serrana el más compartido, sin duda es el más colorista y barroco. El tocado suele ser *de rizo* o *cocas* sujeto por horquillas de plata u oro, generalmente tres a cada lado de la cabeza y otras tres para sujetar la *porreta* al moño de *picaporte*. Los grandes pendientes de herradura en sus variantes *gajolímón*, *picosierra*, *de azahares*, *de media luna*, etc. La *gargantillita* con la *venera* al cuello y la *gargantilla* con *temblera* o *galápago* al pecho, la barroca *pañueleta* prendida sobre el *jugón* más elegante. El pañuelo *de ramo negro*, prendido de forma diferente en cada zona, el *guardapié picao* o bordado, *mandil* o *mandilón*, *enaguas*, *faltriquera*, me-

dias de lana blanca y zapatos de cordobán. En Candeleda, los pañuelos más usados para el traje de serrana a principios de este siglo fueron los de seda y crespón, al igual que algunos pueblos del Barranco de las Cinco Villas, como es el caso de Cuevas del Valle. En otros pueblos como Arenas de San Pedro o Guisando, los pañuelos de crespón y seda se usaban cuando vestían el traje *de artesana*.

El *traje de artesana* tenía blusa de alegres estampados y colores, destacando las bordadas en pechera y mangas, sobre las que se cruzaban el pañuelo de crespón, aunque en otros casos servía el de cien colores. A la cabeza, una porreta de seda y un pañuelo, casi siempre blanco, sobre el que se ponía la gorra de paja para evitar el sol. Esa gorra, a diferencia de las del norte de la sierra, carece de adornos externos, excepto por los tren-

zados y colores propios de la paja con la que se hacían. También usaban gorras de paja más parecidas a las pamelas para el trabajo del campo, mientras que las pastoras solían gastar sombrero de paño corto o montera, usadas igualmente por los hombres (quizá muestra curiosa de un pasado matriarcal). Sobre el *refajo* un *miliñaque* recogido a un *costao*, las *enaguas* y medias blancas y albarcas de cuero como calzado.

Un traje que es común a todos los pueblos es el de novia. Nos han quedado pocos, casi de milagro, pues la tradición era enterrarse con el mismo traje con el que se casaban; como dice el refranero «traje de gala y *tajá*, guardar para amortajar». Las novias más ricas lucían gran número de horquillas, sujetando el peinado y la *porreta*, para estar más elegantes que de costumbre. Sobre la cabeza, la *mantelina*, al cuello tantas gargantillas y colgantes como se pudiera permitir, y en las orejas, los pendientes *de lazo*, del cual contamos anteriormente su profunda simbología. Algunas personas mayores dicen que los pendientes debían ir en función de la cara; la cara larga, pendiente de herradura, la cara redonda, pendiente de lazo. El rico *jugón* de terciopelo ne-

gro, con botonadura de plata y adornado con seda, cintas, galones y azabache. Fina pañoleta prendida al *jubón* y, tras el cuello, tantos *siguemepollos* colgando sobre el pañuelo *de ramo negro* como collares luciera. Falda negra de tela brocada llamada *basquiña*, que puede adornarse con cintas de terciopelo, azabache, puntilla de hilo en oro o en plata, cintas bordadas, adornos con *lorzas* pero, en todos los casos, muy tableado. El *mandilón* de terciopelo con la faltriquera haciendo juego con el *jugón* y la *vasquiña*, debajo el *refajo*, las *enaguas*, el *viso*, el *justillo*, las medias y los zapatos de cordobán o botines. A principios de este siglo comenzaron a casarse con faldas de ricos colores. Llamadas *miliñaques* o *sayas*, con mantones de Manila, dando paso casi sin transición al uso del blanco. Completaban el traje prendiéndose un ramito de azahar blanco en el pañuelo, sobre el corazón; otras se lo ponían en la cabeza en forma de diadema, como símbolo de virginidad.

Aún nos quedan muchos tipos de trajes, quizá menos vistosos o conocidos, pero igualmente nuestros, que nos revelan aspectos más sencillos de las costumbres y forma de vida de aquellas mujeres de nuestro rico pasado.

## LOS TRAJES MASCULINOS

En general, éstos son más parecidos entre sí, dándose pocas excepciones. Diferenciaremos aquí tres tipos: el serrano, el de novio y el de pastor.

El traje de serrano, por lo general, es sobrio en colores pero de gran elegancia, dando empaque a quien lo luce. La mayoría de los trajes hechos a principio de siglo para los hombres utilizaban como materia prima el lino, la lana y el paño. Recordemos también la recia tela llamada *pelo de cabra* por el parecido con la piel de ese animal. Chaquetillas, calzones y chalecos hechos con esta tela se gastaron habitualmente en Arenas, Candeleda, Guisando o El Hornillo.

A la cabeza, el sombrero *rocaor* o *curro*, de recio paño negro o pardo, de amplia ala circular y caja cónica, con dos borlas o *cotufas* que caen por el ala izquierda; suele rematarse con un cordón. Se ata de delante a atrás, a la nuca, sujetando el pelo al nudo del pañuelo, que se echan a la cabeza anudado por detrás, y que solía ser de un solo color. Hoy en día, muchos llevan un pañuelo al cuello, degeneración del que anteriormente se llevaba en la cabeza. Y como toque la pluma de un pa-



vo real en los serranos y de perdiz en los del valle o sencillas flores naturales de la temporada sujetas en la cinta del sombrero.

La blusa de lino blanco o de lienzo moreno, con botones hasta medio pecho y de amplio vuelo, cuya pechera solía ser bordada, igual que los puños. O la camisa de hilo primorosamente deshilada y bordada con lujo y esmero.

En todo el Valle se utilizó la *chambrá*, *blusa quesera* o *blusón* de tela basta, para el uso diario por lo general, y que en algunos casos se bordan o adornan para los días de gala. La camisa, como los calzones, de hilo, eran una labor de años, ya que las mujeres desde niñas empezaban el *deshilao* para el que fuera en el futuro su marido. Hay una clara preferencia entre los pueblos más cercanos a la ribera del Tiétar a usar la blusa en las grandes ocasiones, y como elemento imprescindible del traje regional, mientras que los pueblos serranos prefieren la chaquetilla corta para sus grandes fiestas.

Bajo la blusa o sobre la camisa, el chaleco, casi siempre de paño teñido, terciopelo o seda. Casi todos los chalecos son de color oscuro, excepto los más infantiles, por lo general de seda o terciopelo. En todos los casos abrochados por una doble botonadura de plata. Los chalecos se pueden adornar de distintas formas, destacando el bordado.

A los riñones y caderas, la larga faja de lana, teñida por lo general de negro, en ocasiones excepcionales bordada con símbolos o iniciales de la familia. El uso de faja roja en ciertas bodas y fiestas es de implantación reciente entre los grupos folklóricos de la comarca. En ocasiones de marcado carácter ceremonial se anudaban un pañuelo de crespón a la cadera de igual forma que una faja, casi siempre en colores amarillos o morados.

En general se solía gastar calzón de lienzo moreno o lino a media pierna o al tobillo, con gatera delantera y cintura ajustable, que en el caso de los calzones de novio, se borda de flores y ramos junto con las iniciales del dueño, con la casi perdida técnica de bordado llamada *plumilla*.

Sobre este calzón el calzón de paño. Su largo varía: en los pueblos serranos gusta gastar el calzón corto a media pierna, mientras que en los más cercanos al valle gustan de pantalones más largos, por lo general hasta el tobillo. La mayoría de los calzones de paño son negros o pardos, en los calzones cortos a la *caña* los *gavilanes* adornados de borlas, cintas o galones. En los pantalones largos, rica botonadura de plata.

Los pantalones, más modernos, son hasta los tobillos; existía la costumbre de recogerse a media pierna atándolo con simples cuerdas. Y para los más pequeños los *pantalones de gatera*, es decir, sin costura para facilitar el desahogo de sus necesidades. Existen variantes, como es el caso de la villa de Mombeltrán, en que se usó un pantalón o calzón bombacho a media pierna, de curioso parecido al que utilizaban los maragatos leoneses. O el calzón de El Hornillo, que se ata del mismo modo y con el mismo sistema que las mujeres se atan el guardapiés.

Por debajo, las medias de lana que cubren las pantorrillas. Otro complemento son los *leguís*, especie de calentadores de paño con rica botonadura y muy ajustado en la pantorrilla.

El calzado para los días normales eran *albarcas* de cuero, dejando los zapatos y botines para los días de fiesta. Los botines, parecidos a las botas camperas bajas, con una cinta en la pantorrilla como ajuste, eran utilizados por los más ricos. Y estas últimas décadas se han popularizado las alpargatas, de clara tradición aragonesa y levantina, debido al uso que hacen las agrupaciones folklóricas cuando actúan, que las calzan atadas con largas cintas negras o rojas.

La chaquetilla corta remata el traje, por lo general de paño negro o pardo y con la botonadura de plata en la pechera o puño, adornada según las posibilidades, a base de bordados, galones o pasamanería, que alcanza su mayor carga en la chaquetilla del traje de novio.

Lo completaban con la imprescindible y arcaica capa de rancio abolengo español, de amplio vuelo y larga, con *esclavina* y las *vuelatas* delanteras adornadas con cinta o galones o, en la mayoría de los casos, carentes de adorno. Eso sí, todas llevan por dentro una contratela de vivos colores, destacando el rojo y el verde. Podían coserse escarapelas al hombro o cintas de sus conquistas amorosas.

Para los novios el traje era muy especial. La camisa y el calzón, por lo general, eran regalo de la novia y rica



Tío Pedro y las comadres, fotografía de Ortiz Echagüe del libro *España tipos y trajes*, tomada a principios de siglo en Guisando.

muestra de sus habilidades, de las que aún quedan buenas muestras. Cada traje de novio es una obra única, diferente no sólo entre los distintos pueblos, sino dentro de cada uno.

El chaleco se decoraba en su parte delantera, mientras que la espalda del chaleco suele ser brillante seda en negro. La chaquetilla y el calzón también se adornan a juego, e incluso el sombrero, la capa, los zapatos. La decoración consiste en bordados de motivos florales y adornos de galones, azabaches, escarapelas y pasamanería. Las botonaduras iban en función del gusto y las posibilidades económicas de cada uno, desde el hilo y la madera al oro y la plata. Remataba el conjunto la cadena de reloj de bolsillo colgado del chaleco y una cruz al cuello de rica filigrana, que pende de un cordón.

Desafortunadamente, igual que en el caso de las mujeres, con el traje de novio solían amortajar a los difuntos, por lo que quedan muy pocos. Sin embargo, la botonadura y joyas se quitaban de las mortajas, y muchas familias aún los guardan.

Los pastores de Gredos obtenían muchas de sus prendas del ganado que guardaban. Calzaban *albarcas* de cuero, aunque los vaqueros, más ricos, utilizaban botas de cuero, muy parecidas a las hoy tan populares botas camperas andaluzas, siempre de color negro.

Se cubrían las pantorrillas con medias recias de lana de cabra, y *leguis* de cuero. Otras veces, igual que los arrieros, para proteger sus piernas de la nieve y el frío, se enrollaban, a modo, de vendas, tiras de telas y *pellicas* (pieles) de conejo que sujetaban con las correas de cuero de sus *calzas*.

Las calzas eran una especie de calzón de piel para el frío, aunque los calzones habituales eran de paño. Se sujetaban con una faja sobre la que podía ir el *becerro*, especie de fajacinturón de ancho cuero, que se ajustaba a los *zanjones* o *zajones* (zahones), en su mayoría con peto.

En el torso la camisa, cubierta por una *pellica* de borra, chaleco hecho con piel sin pelar del cordero, *chambra* y, para el frío, las arcaicas *enguarinas*, que los mismos romanos en su expansión adoptaron como prenda de abrigo en los rigurosos inviernos mesetarios.

La cabeza la podían llevar cubierta por un sombrero o la *montera*. Se cubrían a veces con capa o con una simple manta y, como complemento imprescindible, el zurrón

## EL USO DEL TRAJE TRADICIONAL EN LA ACTUALIDAD

Hoy en día sólo se conoce y acepta un tipo de traje en cada pueblo, como tradicional, que son los *de serranos*, pero la verdad es que no es el único y que aún quedan muchos doblados en las arcas y baúles de nuestros *sobraos*. En cierto modo hay tantos trajes como personas los vistieron y las variantes, aun dentro de cada pueblo, muestra evidente de cómo en ningún pueblo existe un único y definido «traje típico». Para las ceremonias utilizaban ropas ajustadas al momento, y debían ser funcionales para el trabajo que realizase cada persona, y cuando se quería «estar guapo» se vestía de otra manera especial; igual para el nacimiento, boda o funeral. Quizá por ser los trajes de serranos los que utilizaron con preferencia nuestros abuelos y abuelas, padres y madres, se ha adoptado como traje representativo.

Hay zonas del Valle que van perdiendo rápidamente su tradición, guardando pocas muestras, aunque las que quedan son de gran interés. Quizá sea la villa de La Adrada y los que fueron sus anejos la más castigada por esta pérdida, por ser la más

cercana a la capital de España, viéndose inundada masivamente por el espejismo de la modernidad. Aunque dentro de esa subzona hay algunas villas como Casavieja y Piedralaves cuyas tradiciones evolucionan y se readaptan manteniéndose vivas; allí lucen orgullosos a la mínima oportunidad los bellos trajes de sus pueblos.

En el Barranco de las Cinco Villas el uso del traje de serrana es el más habitual, siendo curioso que en la villa de Mombeltrán, así como en Candeleda, hay una clara preferencia por un determinado color en la falda y el *picaos* del *refajo* o *guardapié*; en estos pueblos suelen ser la mayoría rojos *picaos* en negro, así como en Guisando suelen gustar más los amarillos *picaos* en negro. El Hornillo, Guisando y Poyales guardan verdaderas obras de arte. El valor que aún se le da a la ropa tradicional, el mimo y el cariño con el que se la ha tratado, hace que estos pueblos puedan presumir, especialmente Guisando, de tener los trajes, si no más bellos, sí más completos.

Hoy, en acertadas exposiciones etnográficas organizadas gracias al interés de algunos ayuntamientos y personas de la comarca en un encomiable trabajo anónimo, se reúnen piezas tan insólitas como añoradas por los mayores, que aún recuerdan su significado y los momentos de su uso, siempre relacionado con el ciclo natural en el que estaban inmersos.

Mucho nos queda aún por mostrar de nuestro legado folklórico y cultural, pero finalizo creyendo al menos haber intentado mostrar las generalidades, teniendo que dejar muchos detalles no menos importantes en cuanto a los trajes tradicionales de mis paisanos; tan solo el estudio de un pueblo daría para muchos artículos como éste. Quiero expresar mi reconocimiento hacia la más importante fuente de información de las que se puede disponer, todas y cada una de las queridas personas de inborrables recuerdos, con las que a lo largo de tardes y mañanas en los zaguanes, hablando de cosas del pasado y del presente, he ido obteniendo la mayor parte de los datos que he intentado relatar como mejor he podido, teniendo en cuenta lo concentrado de un tema tan amplio como éste. Y por último recordar aquí a doña Teresa Peces Gutiérrez, de la que tuve la suerte de ser sobrino, a la que debo gran parte del interés por nuestras raíces y de quien aprendí

gran parte de lo poco que sé de nuestro hermoso y duro pasado. A ella dedico estas breves pero muy debidas palabras como homenaje póstumo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Azedo de la Berrueza, Gabriel: *Amenidades, florestas y recreos de la provincia de la Vera Alta y Baja en la Extremadura*. Asociación de Amigos de la Vera, 1997.
- Belmonte Díaz, José: *Judíos e Inquisición en Ávila*. Caja de Ahorros de Ávila, Ávila.
- De la Mata Carrazo, J.: *Tartessos y el Carambolo*.
- García Bellido, Antonio: *La España protohistórica y prerromana*. Vol. I de la Historia de España dirigida por Menéndez Pidal. Madrid, Espasa Calpe, 1952.
- García Fernández, Emilio, y Sánchez González, Santiago: *La Adrada; memoria gráfica*. Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1993.
- García Fernández, Emilio, y Sánchez González, Santiago: *Arenas de San Pedro; memoria gráfica*. Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1993.
- García Fernández, Emilio, y Sánchez González, Santiago: *Candeleda; memoria gráfica*. Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1993.
- García Fernández, Emilio y Sánchez González, Santiago: *Mombeltrán; memoria gráfica*. Ávila, Institución Gran Duque de Alba, 1993.
- Gómez Tabanera, J. M.<sup>º</sup>: *Tesoro del folclore español*. Ed. Tesoro.
- García Valdeavellano, Luis: *Historia de España antigua y medieval*. Madrid, Alianza Editorial.
- Herrero Escudero, M.<sup>º</sup> Luisa: *Trajes y bailes de España*. Everest, 1984.
- Martínez Terrón, Luis: *La Vera, paisaje y poesía*. Asociación Cultural de Amigos de la Vera, 1992.
- Mayoral Fernández, J.: *Entre cumbres y torres*. Ávila, Imprenta E. Martín, 1950.
- Ortiz Echagüe, José: *España, tipos y trajes*, 6.<sup>ª</sup> edición. Madrid, Imprenta Bolaños y Aguilar.
- Retama, José Luis: *Pedro Bernardo. Apuntes históricos*. Imprenta Rapygraf S.A., 1981.
- Rodríguez Albarrán, Eliseo: *Montesclaros, cinco siglos de historia*. Imprenta Évora, 1984.
- Tejero Robledo, Eduardo: *Arenas de San Pedro*. Ediciones S.M., 1975.
- Fuentes históricas abulenses, n.<sup>º</sup> 14. Institución Gran Duque de Alba, Ávila, 1993.
- Provincia de Ávila, frontera entre las dos Castillas. Excm. Diputación Provincial, Ávila, 1982.